

www.elboomeran.com

Sandro Veronesi

# Profecía

Traducción de Xavier González Rovira



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*

Baci Scagliati Altrove

© Fandango Libri s. r. l.

Published by special arrangement with The Ella Sher Literery Agency  
Roma, 2011

*Selección aprobada por el autor*

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A

*Ilustración:* foto © Lisa Van der Plas / Arcangel Images

*Primera edición: junio 2014*

© De la traducción, Xavier González Rovira, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7898-1

Depósito Legal: B. 9777-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

# Profecía

Y si éste es un héroe, entonces hay héroes a montones, y el mundo está lleno de ellos, como lo está de perros callejeros, neumáticos gastados y llaves perdidas.

RICK MOODY

Yo sé quién eres, Alessandro Veronesi, conozco tu intención, y te digo que te las ingeniarás y te las apañarás para que tu padre no muera en una cama de hospital sino, según su voluntad, en la suya, en el corazón de su morada, en el primer piso del edificio racionalista de la calle Bruno Buozzi, 3, en Prato, proyectado por él mismo en 1968, donde tú fuiste niño. Harás eso por él pocos meses después de haberlo hecho por tu madre. Sé también que, en consecuencia, asumirás la responsabilidad de hacer que le suministren todas las terapias domiciliarias que va a precisar, incluidas las necesarias para hacer frente a las frecuentes emergencias provocadas por sus graves enfermedades concomitantes, y te digo que te esmerarás en hacer esto sin llamar nunca al 118, con el fin de evitar el peligro de un ingreso, salvo obviamente en los eventuales

casos de vida o muerte, y por eso te estoy diciendo que, a pesar de carecer de competencia médica, asumirás la responsabilidad de distinguir tales emergencias de los eventuales casos de vida o muerte —por ejemplo, una oclusión intestinal—, y que vas a hacer esto pocos meses después de haberlo hecho por tu madre. Te digo que, a pesar de la ineluctabilidad del mal que le aflige, te esforzarás por mantener vivo el sentido del humor y el ingenio de tu padre, intentarás hacer que no piense nunca que es un hombre muerto, y cada viernes por la tarde seguirás llevándolo al centro oncológico del Hospital de Pescia para la quimioterapia, según los protocolos establecidos por el doctor Filippo de Braud de Milán y practicados allí por el responsable del servicio, el doctor Fabio Battaglini. Sé y digo que harás esto pocos meses después de haberlo hecho por tu madre. Y cuando ya no quede nada más que hacer, sé que te dedicarás a la correcta aplicación de la terapia para el dolor, según otros protocolos que otros especialistas establecerán, con el fin de que tu padre no tenga que morir sufriendo los tormentos del cuerpo. También esto lo harás después de haberlo hecho recientemente por tu madre, y de darte cuenta de hasta qué punto el debate sobre la eutanasia es una inmensa tomadura de pelo, porque la verdad que en esa ocasión des-

cubrirás es que la eutanasia se viene aplicando comúnmente, por lo menos con los enfermos terminales, y lo comprenderás por la naturalidad con que el doctor Ciulli, anestesista responsable de la terapia algológica de tu madre, te preguntará a qué profundidad va a tener que llevar su intervención, si al nivel que llamará A o al nivel más profundo que llamará B, especificando que en ambos niveles quedará garantizada la cobertura antálgica a base de sulfato de morfina, y que la diferencia se limitará únicamente a los tiempos de duración –dirá– de la agonía, y durante el transcurso de la lenta y probablemente cómica toma de conciencia de lo que ese doctor te está efectivamente preguntando sentirás un sorprendente –para ti, dadas las convicciones que pensabas albergar–, un escandalizado horror, tras lo cual, buscando la misma naturalidad con la que podrías elegir la ventanilla en lugar del pasillo, responderás que prefieres el nivel A, y cuando, a pesar de esta elección tuya, apenas tres días después tu madre muera entre tus brazos, y tú le susurras al oído «eres guapísima», aunque ella no podrá oírte debido al protocolo de sulfato de morfina nivel A que la habrá dejado inconsciente, tú te preguntarás cuánto coño habría durado, entonces, si hubieras elegido el nivel B –¿un día?, doce horas?, ¿seis horas?–, y en fin, después de que,

tras esta experiencia de la terapia del dolor referida a tu madre, hayas salido aturdido, por no decir traumatizado, yo sé y te digo que cometerás el error de explicárselo todo a tu padre, destinado a verse al cabo de poco en las mismas condiciones de tu madre, pero en ese momento lúcido y despierto aún, de manera que él inmediatamente abogará por que para él la elección se decante sin lugar a dudas por el nivel B, y en ese momento ni siquiera te darás cuenta de que tu respuesta afirmativa para tu padre equivale a una promesa solemne, y te encaminarás con ligereza hacia el momento en que tendrás que mantenerla, olvidándote de ella incluso pocos días después, puesto que te distraen, por así decirlo, las mil obligaciones que en adelante se irán acumulando, entre otras cosas también porque tras la muerte de su esposa tu padre sufrirá un repentino, fatal empeoramiento, y tú, su hijo, te verás absorbido por el intento de hacerle frente, si bien al principio, porque sé quién eres y conozco tu intención, digo que te sentirás perdido en una tarea que te parecerá decididamente más grande que tú, a partir del momento en que no se trate sólo de lidiar con la cotidianidad de las enfermedades de tu padre, quiero decir la quimioterapia con todos sus efectos colaterales, la terapia de la insulina para la diabetes mellitus y el empeoramiento

to de la pancreatitis, sino también por la excepcionalidad representada por un organismo que habrá dejado de oponerse a su propia disgregación, y siempre porque sé quién eres y conozco tus obras, te digo que te acogerás también a la descerebrada obligación de maquillar los resultados de los análisis clínicos de tu padre, y que esto sucederá cuando constates que las dimensiones de todas las lesiones tumorales registradas con el primer TAC posterior a la muerte de tu madre van a verse aumentadas en un increíble mil por ciento respecto a la media de los cuatro años precedentes, y que esto sucederá porque, habiéndote dirigido tú al centro de diagnosis a retirar el sobre con el veredicto, y, por tanto, tocándote a ti comunicárselo a tu padre —por teléfono, ya que él se encontrará fuera de la ciudad, en barca, pescando—, tú te darás cuenta de que simplemente no eres capaz de decirle la verdad, y por tanto a esas cifras les quitarás un cero, transformando los centímetros en milímetros, y los milímetros en décimas de milímetro, y al hacerlo así —escucha bien lo que te digo, Alessandro—, al hacerlo así te estarás jodiendo con tus propias manos, porque en cuanto termine la llamada telefónica tendrás que salir pitando de cabeza al centro de diagnosis del que acabas de salir para pedirle al responsable que haya firmado poco antes el infor-

me –doctor Lastrucci, se llamará– el favor de emitir un segundo informe por decirlo de alguna manera –no encontrarás la palabra– domesticado –eso es, ésta encontrarás– que concuerde con esas cifras, y oirás cómo él te responde un no preñado de desdén, acompañado por una catilinaria contra la que él definirá como la indigna usanza de emitir informes *ad usum delphini* –porque es así como se llaman–, y entonces tendrás que correr hasta la otra punta de la ciudad para pedirle ayuda a tu amigo Fabrizzino, diseñador de páginas web con dos zetas, para falsificar el informe, escaneando el papel timbrado del centro de diagnóstico y la jodida firma del doctor Lastrucci, y llamando por teléfono mientras tanto a otro amigo, Paolo, médico de urgencias, para buscar junto a él las palabras apropiadas para acompañar las cifras falsas, que deberán ser elegidas y sopesadas una a una con mucha atención con el fin de que no le digan a tu padre la devastadora verdad ni tampoco generen en él la más mínima ilusión respecto a algún milagroso proceso de curación, y a continuación tendrás que llevar a tu padre, de regreso de la que pronto se sabrá que ha sido la última salida de pesca de su vida, el sobre con ese informe falso, y tendrás que permanecer a su lado mientras lo lea, temiendo que su ojo geométrico se dé cuenta de la falsificación, pero no se

dará cuenta, por el contrario, aunque cuando llegue al final de la lectura dirá igualmente que esas cifras —si bien con un cero de menos, y acompañadas por esas palabras sopesadas una a una— significan que es un hombre muerto, por lo que en ese punto te arrepentirás de haber mantenido el incremento, aunque mínimo, de las lesiones, te arrepentirás de no haber borrado su cáncer, visto que estabas ahí soltando chorradas (y, entre paréntesis, Alessandro, porque sé quién eres y conozco tus obras, digo que te reconocerás en el grotesco esfuerzo de ser sincero mientras estás mintiendo), y en ese momento, al constatar que tu padre no llega siquiera a concebir la hipótesis de que tú puedas haber falsificado los informes, te conmoverás